

BREVE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN RUSA

BREVE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Iñigo Bolinaga



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de la Revolución rusa
Autor: © Iñigo Bolinaga

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Nicandwill
Diseño del interior de la colección: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-844-9

Para Amelia

Índice

Capítulo 1: Miseria imperial	11
Un espléndido pastel podrido.....	11
La masacre	22
La escalera de Eisenstein	30
El nuevo poder	42
El parlamento de cartón	48
Capítulo 2: Una historia en rojo	59
La nueva doctrina.....	59
El hereje	70
Bolcheviques y mencheviques	78
La conferencia de Praga.....	93
Capítulo 3: Doble poder	101
Cinco días de febrero	101
La nueva estrategia	112
Retorno a la clandestinidad	125
La <i>Kornilovschina</i>	133
Capítulo 4: Asalto al Estado	141
El laboratorio de la historia.....	141

La insurrección.....	152
Califas por una hora	160
La implantación	173
El elemento externo	185
Capítulo 5: La hora del fusil.....	197
Rojos y blancos	197
El partido mundial.....	207
La otra revolución	214
Comunismo de guerra	223
La gran sublevación	235
Capítulo 6: Los herederos	245
Cambio de rumbo.....	245
El crepúsculo.....	256
El legado	262
Bibliografía.....	269

1

Miseria imperial

El obrero tiene más necesidad de respeto que de pan.
Karl Marx

UN ESPLÉNDIDO PASTEL PODRIDO

Cuando en 1894 fue proclamado emperador y autócrata de todas las Rusias, el joven Nicolás II estaba muy lejos de suponer que pasaría a la historia como el último zar. Rusia era aún una de las cinco grandes potencias políticas de Europa, y junto a Austria-Hungría y Turquía, un extenso Imperio plurinacional que ocupaba gran parte de la Europa del este. Las fronteras de la Rusia de los zares se propagaban desde la extensa llanura de Europa central hasta el mar de Ojotsk, en el extremo oriente asiático, haciendo frontera con naciones tan alejadas como Alemania y China. De norte a sur, los confines rusos partían desde el ártico para concluir sus límites en las tierras de los pueblos musulmanes de Asia central, aún trashumantes y muy lejos de la civilización europea. Los zares habían construido a lo largo de los siglos un Imperio de más de veintidós millones de kilómetros cuadrados; un gigante en expansión, tanto territorial como demográficamente hablando, que albergaba a ciento treinta millones de personas al principio del

reinado de Nicolás II y a más de ciento setenta y cuatro millones en los años previos a la revolución. Si bien la mayoría de sus habitantes eran de incuestionable raigambre rusa, el Imperio cubría dentro de sus límites una enorme cantidad de territorios muy diversos, uniendo al carro ruso a más de doscientas etnias diferentes.

A excepción de casos raros como el de Finlandia, que gozaba de una amplia autonomía, las etnias y nacionalidades integradas en el Imperio estaban sometidas a una secular política centralizadora, uno de cuyos rasgos más definitorios fue la puesta en práctica de un implacable plan de rusificación cuidadosamente dirigido desde Moscú. Los pueblos culturalmente más coincidentes con los rusos —los eslavos europeos— fueron los que con más fuerza, junto con los caucasianos, rechazaron la aculturación. Polacos, finlandeses, pueblos bálticos, ucranianos, armenios o georgianos son solo un pequeño ejemplo de nacionalidades enfrentadas al dominio ruso que convertían al Imperio en una bomba de relojería presta a estallar en cuanto las pasiones nacionalistas se pulsaran todas a la vez.

Siendo un grave problema el del engarce administrativo de tantos pueblos y geografías tan diversas bajo el poder unificado de un solo zar, había más asuntos que merecían una atención de primera línea de cara a mantener la estabilidad y asegurar la permanencia del Imperio. La estructura del poder estaba desfasada; presentaba el típico esquema de antiguo régimen basado en un poder monárquico omnímodo, totalmente ajeno a los cambios políticos que en la Europa occidental habían terminado por desarrollar sociedades de democracia parlamentaria. Rusia estaba regida por una estructura cuasifeudal, en la que el noble era la autoridad y el dueño de las mejores tierras¹. El

¹ Hasta 1861, los campesinos estaban adscritos a la tierra que cultivaban. La posibilidad de abandonarlas y buscarse la vida de otra manera estaba prohibida por ley. Cuando el propietario vendía o cedía determinadas parcelas de tierra de su propiedad, con ellas

campo seguía siendo, a principios del siglo xx, el sustento y único horizonte de más del 80% de los rusos, en su gran mayoría pobres hasta la miseria, analfabetos y profundamente supersticiosos. La vida en el campo no se había transformado un ápice desde hacía siglos, manteniendo incólume uno de los presupuestos básicos de la economía de antiguo régimen: la agricultura de subsistencia dependiente de los nobles detentadores de tierras, a quienes el campesino debía tanto respeto y devoción como al propio zar, cuya imagen se representaba en iconos religiosos como la de un lejano benefactor. La vida del campesino ruso transcurría en los límites de la miseria, cayendo completamente en ella cuando las cosechas eran malas, ya que la parte del león de lo que producía desaparecía de sus manos en forma de impuestos, gravámenes o pago de deudas contraídas con el heredero del antiguo propietario de las tierras que trabajaban. El utillaje agrícola tampoco estimulaba la producción, habida cuenta de que se trabajaba con instrumentos que ya en la edad media fueron ampliamente superados por países como Holanda o Inglaterra. Además, cada campesino contaba tan solo con una pequeña cantidad de tierra para cultivar, seis veces menor a las hectáreas que se consideran adecuadas para garantizar la alimentación básica de una familia media, lo cual les hacía depender extraordinariamente de la comunidad, el *mir*.

La institución del mir ya existía antes de la abolición de la servidumbre, aunque fue a partir de entonces cuando cobró auténtico protagonismo en el campo,

eran también vendidos o cedidos los campesinos que la trabajaban. A partir de la reforma agraria del zar Alejandro II, abuelo del último Romanov, se abolió la institución de la servidumbre en el campo ruso, de forma que millones de campesinos ascendieron al rango de propietarios a costa de los nobles terratenientes que, sin embargo, retuvieron el control de las mejores tierras y engordaron sus bolsillos con gravosos pagos que el campesinado tuvo que pagar durante generaciones como indemnización.

siendo el beneficiario directo de las tierras que pasaron de propiedad nobiliar a campesina. La reforma de 1861 no dio la propiedad de las tierras a los campesinos individualmente, sino que se las quedó la comunidad para redistribuirla entre las diferentes familias, pagando estas una parte de los estrechos beneficios al mir, dinero comunal con el que se satisfacían los impuestos y los rescates a los nobles. El mir establecía las principales directrices económicas, como los frutos que se iban a cultivar cada temporada o la forma de hacerlo, recaudaba impuestos, reclutaba a los soldados cuando el gobierno se los reclamaba, deliberaba y autorizaba a los campesinos a la venta de su parcela de tierra y su traslado a las ciudades, etcétera. Era gobernado por un consejo de ancianos escogidos por los cabezas de familia y seguía una estructura muy conservadora, supeditada totalmente al gobierno. El mir, pues, seguía siendo una semisujección a la tierra que garantizaba la no afloración de un campesinado propietario y próspero, y que agudizaba la separación del mismo entre inmensas capas humanas miserables y un pequeño grupo de campesinos ricos, los *kulaks*, que acapararon el odio de la población rural. La crisis de subsistencias afectó varias veces al pueblo ruso, especialmente a principios de siglo, cuando la afluencia de productos extranjeros, mucho más competitivos y de mejor precio, causaron un efecto demoledor a la hora de sacar al mercado las cosechas del campo.

Como corresponde a una economía de antiguo régimen, la mortalidad infantil y la subalimentación eran el pan de cada día, manteniéndose estos en unos márgenes tan elevados que habrían producido el escándalo incluso en los países más pobres de la Europa de la época. En cuanto a la alfabetización, los campesinos adultos eran analfabetos casi en su totalidad, aunque a principios del siglo XX se logró escolarizar a cerca de un 30% de los niños y el 14% de las niñas, un éxito sin

precedentes en la historia educativa de Rusia. Ninguno de ellos superaba nunca los estudios de primaria, siendo solamente los hijos de ciudadanos acomodados la exigua minoría que lograba acceder a estudios superiores. Estos afortunados solamente representaban el 1% de toda la sociedad rusa, y fueron el origen de la *intelligentsia* que aceleró dramáticamente el proceso de cambios que derivó en la revolución. La radiografía del ruso medio era la de un campesino pobre y analfabeto que no había salido nunca de su aldea, salvo casos muy excepcionales y a algún poblado limítrofe. Trabajaba con aperos desfasados y estaba profundamente sometido e influenciado por la iglesia. Sin embargo, los nuevos vientos modernizadores, las nuevas ideas democráticas e incluso socialistas y anarquistas comenzaban a soplar también, al principio con cierta lentitud pero cada vez con más fuerza, entre el campesinado ruso. A inicios del siglo XX la conflictividad rural y los ataques contra explotaciones y terrenos de nobles y *kulaks* se habían multiplicado exponencialmente, y si bien las rebeliones campesinas eran una cosa habitual en la vieja Rusia, a principios de siglo se multiplicaron por cuatro. La efervescencia revolucionaria, el hambre y el enfado de los campesinos por su insostenible situación de miseria eran un peligroso aviso para un zar que seguía dando la espalda a los problemas reales del país, dejando morir literalmente de hambre a sus súbditos mientras él prefería tomar clases de baile protegido por las paredes de su palacio real.

La liberación de la servidumbre y la proletarianización del campesinado provocaron una gran afluencia de personas de origen rural a las ciudades, en busca de la tan ansiada mejora en su nivel de vida. Fueron empleados en la industria, que en pocos años había sufrido un enorme proceso de expansión. Los primeros años del siglo XX fueron testigos de un verdadero despegue del misérrimo tejido industrial ruso, que

gracias a empréstitos y ayudas extranjeras hizo realidad el objetivo de ampliar su base industrial. El bajo perfil del capitalismo ruso y las inversiones occidentales hipotecaron más de lo razonable al régimen de los zares, transformando a Rusia en una economía dependiente que, sin embargo, hacía grandes progresos en los sectores textil, siderometalúrgico y de producción y transformación del petróleo. Esto provocó un rápido crecimiento urbano que propició el surgimiento de una figura que ya era muy común en la Europa desarrollada: el proletariado. En el caso ruso, un proletariado de nuevo cuño, poco cualificado, que sufría unas condiciones de trabajo draconianas por un salario ínfimo.

Rusia se pobló en seguida de enormes barrios obreros que circundaban las ciudades, repletos de chabolas en las que los trabajadores industriales y sus familias vivían hacinados como animales, en una especie de reproducción tosca de las novelas de Dickens. Tal situación de hacinamiento en aquellos misérrimos cubículos sin ventilación, generaba la expansión de enfermedades infecciosas que de forma periódica causaban trágicas mortandades en los barrios obreros. Los insectos, las ratas y la humedad eran compañía cotidiana, y la alimentación poco variada. Así pues, las condiciones de higiene y salubridad en general eran penosas, sin ningún tipo de garantía ni control sanitario. Todo esto derivó en la rápida expansión de las ideas revolucionarias entre un proletariado efervescente que estaba dispuesto a luchar por su dignidad, hasta la muerte.

La toma de conciencia del proletariado industrial ruso fue el origen del desarrollo de los primeros ensayos sindicales, que fueron brutalmente silenciados por el zarismo, disolviendo, prohibiendo y reprimiendo con fuerza cualquier conato de protesta tendente a mejorar las condiciones de vida de los obreros. El

mínimo atisbo de asociación obrera o de reivindicación laboral era vista por el gobierno como una amenaza directa a su propia supervivencia, de manera que estaba dispuesto a eliminar de raíz la formación de un movimiento obrero fuerte extirpando desde sus orígenes cualquier tipo de asociación proletaria.

La autocracia que heredó Nicolás II interpretaba que el zar era el origen de toda soberanía. En consecuencia, Rusia no contaba con nada parecido a una constitución, ni partidos políticos, ni parlamento, ni prensa libre... El gabinete de gobierno era escogido por el propio zar a su gusto, sin ningún tipo de restricción o control, lo que lo convertía a los ministros en un juguete del capricho real. Junto al gobierno existía también un Consejo de Estado, cuyos componentes eran, por supuesto, seleccionados por Nicolás II, que se encargaba de aconsejar al zar sobre qué decisión tomar en cuestiones de diversa índole política, económica o internacional. El zar ejercía todos los poderes —ejecutivo, legislativo y judicial—, siendo meros comparsas los ministros, consejeros y altos cargos que lo rodeaban. El *César* —que es lo que significa la palabra *Zar*— era responsable de sus decisiones de gobierno solamente ante Dios, con el apoyo total de un aparato clerical potentísimo que pagaba los favores de la monarquía adoctrinando al pueblo en la obediencia. Además de la Iglesia ortodoxa, alrededor del zar verdeaba una gran pléyade de aristócratas y cortesanos que constituían, junto con el clero, otro de los pilares de la autocracia, con sus privilegios feudales tradicionales que aún no habían sido cercenados por ningún aire modernizador procedente de Europa.

Para hacer frente a los problemas modernos, el sistema solamente era capaz de aplicar recetas pasadas de moda, y por tanto ineficaces. La monarquía cerraba los ojos cuando le recordaban la perentoria necesidad de aplicar una severa reforma del sistema ante la

amenaza de derrumbe de todo el complejo. El de Nicolás II fue un gobierno tercamente autocrático que se aferraba con uñas y dientes a la tradición absolutista heredada de sus antepasados, y que se preocupaba más de conservar su herencia que de hacer frente a los gravísimos asuntos a los que se enfrentaba el país. Los últimos zares, y específicamente Nicolás II, no querían darse cuenta de que la brillante fachada del Imperio escondía un interior podrido y amenazaba ruina. Pedía reformas urgentes que modernizasen tanto su estructura administrativa como la social y económica, y por supuesto la política. Pero el zar aplazaba *sine die* todos estos asuntos. El paso del tiempo no hizo sino emponzoñar aún más la situación, y el descontento popular comenzó a reflejarse en la multiplicación de las voces favorables a la transformación del régimen en algo parecido a una democracia parlamentaria, en imitación al sistema dominante en la próspera Europa occidental. Semejante propuesta nunca fue del agrado del zar, para quien una solución parlamentaria era una grave afrenta contra sus derechos y sus prerrogativas hereditarias.

El último zar no ha pasado a la historia por ser una persona brillante. Poco antes de ser coronado afirmó que no se sentía preparado para gobernar, y probablemente fue la frase más acertada que dijo en todo su reinado. Hombre educado en las rancias costumbres de los emperadores de Rusia, consideraba al Imperio como algo de su propiedad, al modo de los antiguos reyes absolutos de los siglos XVII y XVIII. Como tal, era inadmisibles que pretendieran recortar sus poderes en sus dominios. Más aún, tal pretensión era una afrenta, una herejía. Se dice de él que era un hombre inseguro, y quizá esa característica le hizo marcarse como principal objetivo de su reinado el mantenimiento de su herencia tal y como la había recibido, para entregársela intacta a su hijo cuando le tocara reinar. Mantener el Imperio, los derechos y

La inmadurez de Nicolás II le empujó a preocuparse en exceso por conservar el legado de sus ancestros antes que someterlo a cambio alguno, lo que aceleró su caída.



prerrogativas del zar, del terrateniente de aquel enorme territorio, era su obsesión y en cierto modo su máxima aspiración en la vida. Su lema podría definirse como *conservar*. A toda costa.

Nicolás II confundía permanentemente el ámbito público con el privado. En su cabeza no entraba la idea de que el dinero que recaudaba en los impuestos pertenecía al estado y que no debía de sumarse a sus arcas personales. Tampoco pretendió nunca comprenderlo. Era un hombre del siglo XX encasillado en una mentalidad del XVII. La soberanía provenía del rey, no del pueblo. El zar era quien ordenaba todo, hacía las leyes, las promulgaba, era el gobernante único del Imperio y por supuesto, las rentas de los súbditos debían de ser unidas a su erario particular, igual que un rico hacendado haría en su hacienda. Para Nicolás el sistema había funcionado estupendamente durante siglos, de manera que no había razón alguna para alterarlo, lo que lo convirtió en un feroz conservador que se negaba a escuchar las ideas de reforma que a veces llegaban a sus oídos. La sola mención de la palabra *constitución*

le causaba rechazo, y consideraba a los reformistas moderados como ladrones que pretendían quedarse con sus legítimas propiedades y prerrogativas. Desde su imaginario particular, el zar llevaba una solitaria lucha contra un mundo empeñado en arrebatarle lo que legítimamente le correspondía.

Sin embargo, soplaban vientos de cambio en Rusia. La obsesión de Nicolás de no abrir la mano ni un ápice reforzó las tendencias más radicales contra el sistema, y los actos de terrorismo alcanzaron un pico muy importante durante su reinado. El clima político impuesto por el zar se tornaba irrespirable dentro de una sociedad que pedía cambios a voz en grito, que era severamente reprimida por la policía y el ejército, y a quien se le venían cercenando unos derechos tan básicos como los del voto o las libertades de reunión y asociación. Aunque el zar no quería darse por enterado, Rusia ya había abandonado la edad media y dentro de sus fronteras comenzaban a aflorar partidos políticos asimilables a los de Europa occidental. Para Nicolás II esto no era más que una simple y pura coacción contra su poder, no un cambio aceptable para amoldarse a los tiempos de la mejor manera posible sin perder el carácter monárquico del estado. La ceguera política de Nicolás II no le dejó ver el hecho de que la monarquía tenía que haber aprovechado que los militantes de los partidos políticos eran miembros de la *intelligentsia*, hijos de las clases acomodadas. Las primeras reivindicaciones de la *intelligentsia* eran más que razonables, y si el zar las hubiera oído con cierta sensatez podría haber mantenido viva la monarquía, pero su política de mano dura no veía más que enemigos y conspiradores. Esto abocó a muchos jóvenes intelectuales a abrazar las ideas socialmente más avanzadas que llegaban desde el exterior, rompiéndose el país básicamente en dos líneas políticas: la de los liberales, que reclamaban reformas parlamentarias, constitucionalistas y que saneasen la economía sin poner en duda la autoridad del monarca; y la de los

más extremistas, que propugnan un cambio radical en las estructuras de poder y de propiedad de la tierra en un sentido confusamente radical (social-revolucionarios o eseristas), marxista (Partido Obrero Socialdemócrata Ruso) o directamente anarquista².

El liberalismo ruso, tradicionalmente débil e inseguro, se había desarrollado más como una corriente de opinión que como un partido político *estricto sensu* en la Rusia de Nicolás II. De hecho, los partidos estaban prohibidos. No fue hasta 1905 cuando se formó un esbozo de partido que nació a partir de una organización liberal de contornos poco definidos, el *Movimiento de Liberación*. La nueva asociación política fue bautizada como Partido Democrático Constitucional, aunque popularmente era conocida como Partido Kadete, por sus siglas en ruso (KDT). Su principal reivindicación era la instauración de un sistema parlamentario para Rusia³. Por contraposición, los partidos situados más a la izquierda, a fuer de clandestinos, tenían para entonces unas estructuras más marcadas y definidas: El Partido Socialrevolucionario, conocido como eserista también por sus siglas (SR), era socialmente avanzado y partidario de los métodos terroristas. Reclamaba avances para el campesinado y los obreros, pero no era marxista; nunca llegó a los excesos radicales del Partido

² La Rusia decimonónica había tenido una gran tradición de oposición política anarquista al sistema de los zares, tanto desde el punto de vista teórico, destacando figuras rusas punteras del anarquismo como Mijail Bakunin o Pedro Kropotkin, como desde la dinámica revolucionaria, haciendo uso frecuente del terrorismo. Fueron muchos los representantes del *stablimenth* que en el siglo XIX y aún en el XX cayeron víctimas de los atentados anarquistas, el más célebre de los cuales fue el zar Alejandro II, asesinado en 1881.

³ A partir del año 1906, de las filas del liberalismo surgió un nuevo partido, versión conservadora de los kadetes: la *Unión del 17 de Octubre*, conocidos como Octubristas por su apasionada adscripción a las medidas concedidas en octubre de 1906 por el zar que ya comentaremos mas adelante.

Socialdemócrata Ruso, muy influido por el marxismo y que será la organización común desde la que se darán a conocer los bolcheviques y los mencheviques.

LA MASACRE

Los graves problemas de los rusos no parecían afectar en lo más mínimo la amable vida cotidiana de Nicolás II. Como dueño único de aquella enorme finca llamada Rusia, había asumido desde niño que tenía la obligación de cumplir con el engorroso quehacer de asistir a las reuniones de sus ministros, meros administradores de la hacienda rusa, en las que se aburría espantosamente. El zar acudía sin falta a todas las reuniones ministeriales, se tragaba cumplidamente áridos informes llenos de números y previsiones económicas, y prestaba sus regios oídos a largas peroratas en las que se hablaba sobre los problemas de gentes muy alejadas de su mundo, tanto social como geográficamente. Una vez cumplido el desagradable trámite diario, consideraba que tenía todo el derecho del mundo a dedicar su tiempo de esparcimiento a la familia y a sus aficiones, entre las que no se encontraba presidir un gobierno al que, irónicamente, se aferraba con uñas y dientes⁴. Quizá el campo menos engorroso para el zar fueran las relaciones internacionales, asunto al que atribuía una enorme importancia y prestaba un interés fuera de lo normal. Para el zar, las relaciones exteriores tenían como único objetivo la glorificación del Imperio y de sí mismo, interpretándolas en clave de expansión territorial. Prestigio externo, eso era lo que el zar buscaba en la dilatación imperial

⁴ Las lamentables descripciones que nos han llegado de un Nicolás II aburrido cuando despachaba con sus ministros, bostezando sin reparo y mirando la hora con fruición, son definitorias de un rey y un sistema político abocados al desastre.

asiática sobre pueblos menos desarrollados que el ruso, que eran asimilados sin demasiados problemas, casi siempre echando mano de un ejército fiel.

La conquista de nuevos territorios se basó en la ocupación de zonas pertenecientes a pueblos que, por desarrollo cultural, político y tecnológico, eran incapaces de hacer frente a la potencia rusa. El zar estaba acostumbrado a las victorias fáciles contra las naciones asiáticas. Así fue como, haciendo oídos sordos a quienes le recomendaban prudencia, aceptó la declaración de guerra que en forma de bombardeo masivo le regaló el naciente Imperio japonés: en febrero de 1904, los japoneses atacaron sin previo aviso a la flota rusa estacionada en Port Arthur (hoy Luyshun, China), bajo administración rusa desde 1898. La agresión suponía una consecuencia lógica del tira y afloja ruso-japonés que desde hacía años se estaba desenvolviendo en Manchuria por el control de aquella estratégica región. Los rusos, envalentonados después de haber logrado echar a los japoneses de la zona con la colaboración de otras potencias europeas, habían decidido que sería mucho más barato y sencillo construir el tramo final del transiberiano en línea recta, saliéndose del territorio ruso para atravesar Manchuria, lo que evitaba un largo y costoso rodeo por los lindes siberianos para llegar a Vladivostok. De rebote, este trazado integraría a Manchuria dentro de la zona de influencia rusa, obstaculizando los planes de expansión japoneses por el Asia Oriental. Los nipones no podían permitir la presencia rusa en la zona, y no lo hicieron. Tras tratar de llegar a varios acuerdos amistosos que el zar desdeñó, Japón sacó a los rusos de Manchuria a la fuerza⁵.

⁵ Nicolás II no concebía otra cosa más que el triunfo. Estaba convencido de la superioridad innata de los pueblos europeos y se reía de los prudentes consejos que le aseguraban que Japón había dejado de ser un pueblo *inferior*. En consecuencia, la guerra a la que tan alegremente se sumó Rusia esperando una fácil victoria se

La guerra contra Japón fue un rosario de derrotas. Muy lejos del supuesto fortalecimiento del ánimo patriótico que la conflagración parecía prometer, el depauperado pueblo ruso se soliviantó aún más. Por si no era suficiente desgracia la carga de tener que buscarse la subsistencia diariamente, las necesidades de la guerra cargaron un nuevo peso sobre las espaldas de la población, principalmente en forma de impuestos y levas campesinas que arrancaban del campo a la parte más joven y vigorosa de cada aldea para llevarla a luchar en una guerra que no comprendían. La marcha de los jóvenes supuso la falta de una muy necesaria mano de obra en el campo, lo que provocó un severo descenso de la producción y el lógico aumento de la situación de escasez y necesidad en las familias campesinas. Los gravámenes relacionados con la guerra en forma de impuestos y el alza de precios derivado del descenso de la producción cargaron aún más sobre la castigada población, que volvió a sufrir el hambre y una creciente crispación provocada por un justificado hastío popular ante la dejadez del gobierno. La oposición popular a una guerra que resultaba una gravosa carga, la incompetencia de los mandos militares con sus desfasadas armas y buques de guerra, netamente inferiores al moderno despliegue militar japonés, y las escandalosas derrotas obligaron al gobierno del zar a firmar una bochornosa declaración de paz que liquidaba la presencia rusa en la zona.

La paz se firmó en septiembre de 1905. Sin embargo, el fin de las hostilidades no fue suficiente para aplacar el enfado que los rusos sentían contra el

saldó con una severísima derrota. Era la primera vez que un pueblo asiático vencía a uno europeo. Para el zar, toda una humillación. Tras la victoria nipona en la guerra ruso-japonesa (1904-5), Rusia quedó eliminada del escenario chino y Japón pudo instalar su influencia con toda comodidad en Manchuria, base de su futura expansión imperial.

gobierno. Y es que ocho meses antes de la conclusión de la guerra se había dado el acontecimiento que supuso el punto de no retorno entre los rusos y el zar: el *Domingo Rojo*. Aquel día, los 200 000 hombres, mujeres y niños que asistían a una manifestación pacífica en San Petersburgo fueron masacrados por el ejército, que disparó a quemarropa contra la muchedumbre, con un resultado de 200 muertos y miles de heridos⁶.

El suceso se produjo el 9 ó 22 de enero de 1905, dependiendo del calendario al que nos acojamos⁷, y marcó un antes y un después en el devenir de la historia rusa. La fecha había sido escogida de antemano por Grigory Gapón, un sacerdote muy conocido en la ciudad de San Petersburgo por ser el líder y fundador de un sucedáneo de sindicato obrero denominado *Asamblea de Trabajadores Rusos de Fábricas y Molinos*, tolerado y estrechamente vigilado por la policía. La organización no pasó de ser una especie de club benéfico que reunía fondos entre los obreros para comprar y repartir productos de primera necesidad que eran distribuidos entre los trabajadores más desafortunados, además de organizar actividades sociales y educativas en las que cada vez participaba más gente. Sus objetivos se limitaban a intentar mejorar las condiciones de vida del proletariado, sin poner nunca en duda el sistema establecido. Gapón era un sacerdote conservador y como tal en su organización no debían tener cabida excentricidades políticas ni radicalismos

⁶ La prensa de la época cifró la masacre en miles de muertos, dato que no parece corresponderse con la realidad, siendo una cifra más acertada la de doscientos. Todavía hoy en día existen obras de referencia sobre el periodo que aceptan el millar como dato correcto.

⁷ El Imperio ruso organizaba el año según el calendario juliano, con trece días de retraso con respecto al occidental. Por eso, lo que ocurrió el 9 de enero en Rusia pasó el 22 del mismo mes para los europeos. La revolución suprimió esta diferencia en 1918, equiparando el calendario ruso al vigente en Europa.

de ningún tipo. Todo esto convirtió a la asociación de Gapón en un confuso conglomerado de personas y voluntades sin unos objetivos claros ni unas reivindicaciones definidas más allá de la mejora de vida del obrero medio. Sin embargo, la actividad desplegada por el primer gran *sindicato* ruso tolerado hizo que en poco tiempo su número de socios aumentara hasta los 8 000 que tenía en vísperas del *Domingo Rojo*, y que en su seno afloraran tendencias de todo tipo, incluidas las políticamente radicales que, a falta de un sindicato o partido socialista verdaderamente poderoso, comenzaban a dejar oír dentro de este sus reivindicaciones.

La organización de Gapón había sido tolerada por las autoridades, que razonaban que era más sencillo tener controlados a los trabajadores si eran encuadrados dentro de asociaciones obreras de corte religioso y conservador que dentro de organismos más *políticos*. La policía tenía fácil acceso al interior de las agrupaciones como la de Gapón; de hecho, parece demostrado que el propio Gapón fue, en algunos momentos, utilizado como agente por la Ojrana, la odiada policía política del régimen. De esta manera el gobierno se aseguraba de que los obreros no serían contaminados por ideas *nocivas* o *peligrosas* y que se les formaría dentro de un sentido religioso y de amor por la monarquía.

Gapón estaba honestamente convencido de que Nicolás II era un hombre cargado de las mejores intenciones, pero cegado por la perfidia de unos ministros que le ocultaban la realidad del país. El zar no hacía nada porque, argumentaba el sacerdote, ni siquiera podía imaginarse la situación real por la que estaba pasando su pueblo; pero en cuanto se superase la barrera de ceguera en la que le tenían encerrado sus ministros, sería el primero que se pondría manos a la obra para crear una nueva era de prosperidad y felicidad para todos. En conclusión, Gapón creía que la

solución pasaba por presentarse ante el zar y entregarle en mano una carta haciéndole saber de las penurias del pueblo. Preparó un texto afectado en el que decía:

Acudimos a vos, oh majestad, en busca de justicia y protección [...] Somos pobres; nos oprimen, nos cargan con un trabajo excesivo, somos tratados despectivamente [...] la muerte es mejor que la prolongación de nuestros insoportables sufrimientos.

Con semejante escrito pretendía tocar la fibra sensible del monarca, quien le habría de recibir en palacio ansioso por satisfacer las necesidades de sus súbditos.

En concordancia con sus pensamientos, Gapón informó de la convocatoria al ministerio del interior, dándole todo tipo de detalles sobre la marcha y solicitándole un permiso oficial para poder llevar a cabo la gran manifestación pacífica que confluiría ante el Palacio de Invierno, sede y residencia de los zares de Rusia. Tal permiso nunca llegó, y eso era un síntoma de que las cosas no iban a resultar tan fáciles como Gapón se las prometía a sí mismo y a sus afiliados. El viernes, el ministerio ordenó a Gapón la desconvocatoria de la marcha, amenazando con terribles consecuencias si se desobedecía la orden. Pero Gapón siguió adelante. La semilla de la duda empezaba a crecer en su interior. ¿Sería el ejército capaz de disparar contra el pueblo ante una manifestación pacífica que tan solo quería entregar un documento al zar? No, definitivamente Gapón no creía que semejante barbaridad fuera posible. Una bravata del ministro, nada más. Todo se habría de solucionar con la intervención del zar, sin duda a favor de los manifestantes.

La manifestación no fue desconvocada, lo que propició una creciente tensión ambiental a partir del

día 7 del calendario juliano (20 del occidental). Haciendo honor a las advertencias del gobierno, el ejército fue desplegado por toda la ciudad de San Petersburgo y se colocaron carteles en las zonas céntricas de la ciudad con la severa advertencia de que si el domingo los manifestantes se presentaban ante las puertas de la residencia del zar, el ejército se vería en la obligación de disparar contra la multitud.

Llegó el día. La noche anterior había nevado y San Petersburgo se hallaba cubierto de un denso manto de nieve que dificultaba el tránsito. A pesar de los inconvenientes climatológicos, unas doscientas mil personas se sumaron a la convocatoria, confluendo desde los barrios obreros de la capital hacia el centro, en dirección al palacio de Invierno. Avanzaban despacio, portando iconos con imágenes de Cristo, de la virgen, de santos rusos, así como grandes retratos del zar. Cantaban himnos religiosos. La manifestación fue sobrecogedora, tanto por la enorme afluencia de gente como por los respetuosos cánticos religiosos que hacían a los transeúntes santiguarse a su paso. Desde las principales arterias de la ciudad convergían oleadas de gente sobre el río Neva; pero al llegar a la vista de la residencia real, el ejército les cortó el paso. Doce mil soldados habían sido desplegados aquella noche para «*defender*» al zar de los manifestantes. La muchedumbre no atendió a las advertencias de los militares y se negó a disolverse. Cantaban ahora el *Dios salve al zar*, himno nacional ruso, como muestra de su adhesión al régimen y a su representante máximo.

Caminaban lentamente frente al palacio del zar, cada vez más cerca de los soldados que se interponían entre este y el pueblo. Inopinadamente, la caballería cargó contra la muchedumbre. La acción fue un último aviso de que las amenazas del gobierno no eran vanas, y logró dispersar a algunos de los manifestantes, pero el grueso continuó avanzando. Por dos veces los mili-



Manifestantes pacíficos caen bajo las balas del ejército zarista. Unas doscientas personas fallecieron en aquel aciago día que ha pasado a la historia como *Domingo Rojo*.

tares dispararon al aire en un último y vacío intento de dispersar a los concentrados. La siguiente tanda de descargas no fue al aire, sino directamente contra la muchedumbre, disparando sin discernir a menores de adultos. Hombres, mujeres y niños cayeron inertes al suelo, abatidos por las balas del ejército durante un largo y atropellado momento, hasta que la muchedumbre logró dispersarse atemorizada por la matanza que con tanta frialdad los militares habían ejecutado por defender al autócrata. En otros puntos de la ciudad también se disparó contra la ciudadanía, dando como resultado un número de muertos que, si bien se magnificó en exceso, no exime para nada al gobierno y a su cabeza, el zar Nicolás II, de la responsabilidad del crimen cometido. La noticia corrió de boca en boca hasta alcanzar el punto más alejado de la extensísima manifestación, alterando los nervios de sus integrantes que, aunque se hallaban en otras zonas de la ciudad, pronto confluyeron frente al Palacio de Invierno, increpando a los soldados por su criminal acción. Muchos ciudadanos no terminaron de

creerse las noticias hasta ver con sus propios ojos los cadáveres tirados en el suelo.

Unas sesenta mil personas avanzaron encolerizadas y de nuevo se inició el tiroteo. Otra vez los ciudadanos fueron abatidos bajo las balas, quedando un montón de cadáveres tirados sobre la nieve roja, frente al palacio de un zar que nunca tuvo la más mínima intención de recibir a los manifestantes, habiéndose trasladado de víspera al palacio de Tsarkoie Selo, fuera de la ciudad.

San Petersburgo se convirtió en una capital en guerra. Los manifestantes más radicalizados montaron barricadas en las principales calles y avenidas y el ejército se desplegó por la ciudad dispuesto a apagar la rebelión a sangre y fuego. Sin embargo, los amotinados no tenían ni las ideas claras ni unos dirigentes a quienes seguir, y en pocos días las fuerzas del orden ya habían controlado la situación, ahogando en más sangre aquel enero de 1905. Pasado el trago, Nicolás II dio una nueva prueba de estupidez cuando, refiriéndose a los manifestantes, declaró solemnemente que «les perdono por haberse rebelado contra mí». El vínculo entre el zar y el pueblo estaba definitivamente roto.

LA ESCALERA DE EISENSTEIN

Los hechos de enero de 1905 despertaron una oleada de indignación en la comunidad internacional que se limitó a la tinta impresa. Las relaciones de las bienpensantes potencias occidentales no se alteraron en demasía por este hecho y pasados un par de meses las aguas de nuevo volvieron a su cauce. Sin embargo, para los rusos no era posible la vuelta a la normalidad. El zar les había decepcionado. No solamente no había sido capaz de detener la injustificada carnicería de San Petersburgo, sino que la había alentado, alimentado por sus temores irracionales a que la muchedumbre

enloquecida le arrebatase sus muy queridas prerrogativas. Los campesinos pobres, educados en un ferviente respeto al *buen zar*, habían abierto definitivamente los ojos y ya muy pocos seguían viendo en su figura a un benefactor. La extinción violenta del motín de San Petersburgo que siguió a la matanza supuso un respiro momentáneo para un régimen que se negaba a reconocer que por ese camino tenía los días contados, y al mismo tiempo, la rápida propagación de nuevos conatos de rebeldía por todo lo ancho y largo del Imperio a partir del mismo mes de enero. Tanto en las zonas industrializadas como en las agrícolas se desarrolló una oleada de huelgas acompañadas por graves disturbios como nunca se había visto en el muchas veces convulso Imperio ruso. En todos los casos los ánimos eran aplacados con mano dura. La intervención habitual del ejército y los cosacos⁸ en las labores de represión de las protestas convencieron a grandes capas de la población de que ese, y no otro, era el verdadero rostro del zar.

La oleada de motines dentro del inmenso territorio de la nación llevó a los ministros del zar a solicitarle la introducción urgente de reformas en el aparato administrativo. Ya ni siquiera los sectores acaudalados creían que fuera posible el mantenimiento incólume del sistema, pidiendo desde instituciones muy apegadas al régimen la introducción de cambios *cosméticos* que lograsen aplacar las iras del pueblo. El zar, sin embargo, no escuchaba.

El mismo mes de enero, según el calendario vigente en la Rusia zarista, se sucedieron importantes huelgas en San Petersburgo y las demás ciudades y

⁸ Dentro de la estructura militar de los Romanov, los cosacos constituyeron una fuerza de elite de probada fidelidad a la corona imperial. Son un interesante ejemplo de cuerpos de ejército compuestos por miembros de un mismo grupo étnico.

núcleos de fuerte componente obrero como Moscú, Varsovia, Minsk, Kiev o los centros petroleros del Cáucaso, en solidaridad con las víctimas del *Domingo Rojo*. El mes de enero de 1905 fue testigo de la mayor huelga obrera hasta entonces vista en Rusia, con más de cuatrocientos mil trabajadores en pie de guerra, ya no exclusivamente en solicitud de mejoras laborales, sino esgrimiendo directamente consignas contra el zar. La política comenzaba a impregnar las huelgas y reivindicaciones proletarias.

Si bien las primeras proclamas políticas de los obreros continuaban manteniendo un tinte centrado en la mejora del salario y las condiciones laborales, los planteamientos políticos, como la solicitud de una asamblea constituyente, comenzaban a ser aireados con más confusión que otra cosa. Aun así, la proclama más enarbolada seguía siendo en negativo —«Muera el zar, abajo la autocracia»—, y uno de los mas decididos defensores de dicho lema no era otro que el otrora monárquico Gapón. Al sacerdote se le atribuye la frase «ya no hay zar», muy en la línea de un manifiesto que firmó días después del *Domingo Rojo* solicitando la unidad de todos para derrocarlo. La espantosa matanza de aquel día debió de dejar una profunda huella en Gapón⁹.

La primera mitad del año 1905 estuvo jalonada de huelgas y motines, a duras penas reprimidos por un ejército y una policía que no podían estar en todos los sitios a la vez. Sin embargo, la falta de una autoridad revolucionaria que diera cuerpo a los tumultos evitó

⁹ Llegó a entrevistarse con el mismo Lenin en el exilio, mostrándole sus simpatías por el bolchevismo. Sin embargo, el líder revolucionario nunca le tomó en serio. Por su repentino cambio de actitud con respecto a la autocracia zarista y su elementalidad intelectual, Lenin intuyó acertadamente que Gapón podría volver al redil monárquico tan fácil e inconscientemente como había salido. Efectivamente, el sacerdote fue de nuevo captado por la Ojrana y finalmente asesinado a instancias del partido de Lenin.

que superasen sus compartimentos-estanco para unirse en una sola huelga nacional que desbordase al régimen. Mal que bien, las múltiples huelgas pudieron ser sofocadas, aun a costa de muchas vidas. Las fuerzas del orden no parecían haber aprendido ninguna lección del *Domingo Rojo*. La tradicional receta de la mano dura no hacía sino incrementar día a día la enemistad de todo el pueblo contra el gobierno del zar, pero al menos aseguraba una paz momentánea. Durante este tiempo, la ley marcial fue decretada en todas las ocasiones en las que los disturbios, generalmente iniciados en los barrios obreros, se expandían a los centros neurálgicos de las ciudades, transformándose gran parte del núcleo urbano en zona de guerra durante días. Las fuerzas del orden combatían ahora contra un enemigo mejor armado y cada día más concienciado que lanzaba consignas como la aplicación en Rusia de libertades personales equiparables a las que disfrutaban por aquel entonces los ciudadanos de Europa occidental. La lección del *Domingo Rojo* y las luchas callejeras tuvieron, además, la virtud de aumentar en varios puntos el sentimiento de clase del proletariado ruso. Como apreció Trotski, un día había hecho más en el desarrollo de la conciencia proletaria en Rusia que un siglo entero de humillaciones y abusos indiscriminados.

Los estudiantes universitarios, miembros en su totalidad de clases acomodadas, también se unieron a la lucha espontánea contra el sistema. En su caso las reivindicaciones eran casi completamente políticas, transformándose las universidades en activos centros de agitación antigubernamental. La efervescencia política de los campus provocó varias veces la irrupción brutal de las fuerzas del orden, con el consiguiente efecto devastador de la imagen de la monarquía en los adinerados progenitores de los estudiantes. La mayor parte de las universidades del país fueron cerradas durante meses, suspendiéndose así las clases, pero

también un importante foco de desestabilización para el gobierno. Los intelectuales exigían desde sus tribunas un inmediato cambio de rumbo so pena de un desplome completo del país. Al zar, sin embargo, lo único que se le ocurrió fue nombrar a una comisión de investigación para averiguar las razones del malestar de los obreros.

Si bien los conflictos urbanos fueron los más importantes debido a su influencia directa en las zonas más pobladas y dinámicas de Rusia, mucho más numerosos y extensos fueron los motines rurales. El campo estaba tan alterado o más que las zonas industriales y urbanas. Los levantamientos campesinos se habían multiplicado con respecto a otros años, hasta el punto de que en un solo mes de aquel agitado 1905 se dieron tantos casos de revuelta como los que hubo en todo un año de los anteriores. Los campesinos no contaban con la misma conciencia de clase que los trabajadores industriales, ni tampoco con una educación política que les diera la capacidad de ajustar sus acciones a unas reivindicaciones claras. Los disturbios agrarios representaban más bien la respuesta del colectivo humano más importante de Rusia ante el hastío y el hartazgo provocados por su situación laboral, económica, social y de vida en general. Dentro de la elementalidad de unas hordas incultas, las revueltas del campo se dirigieron directamente contra los nobles terratenientes y los *kulaks*¹⁰, tomando por la fuerza sus tierras, violando las mansiones de los adinerados para desvalijarlas y luego devastarlas por medio del fuego y en casos extremos llegando a asesinar a sus propietarios. Como resultado de todo esto, la pira fue el destino de singulares obras de arte, antigüedades, bibliotecas

¹⁰ Y contra cualquier cosa que les pareciera representante directo de su miseria, como las oficinas de recaudación de impuestos e incluso de correos.

enteras y vajillas de cristal de bohemia. Entre los años 1905 y 1906, el 15% de las mansiones de Rusia fue pasto de las llamas, víctima de las un tanto primarias iras de los campesinos. La solución, como siempre, la del palo. Sin embargo, la brutalidad ejercida por los soldados contra los campesinos, ordenada por el gobierno y animada por el propio zar, tuvo un peligroso efecto boomerang: las quejas campesinas eran comprendidas y compartidas por la generalidad de un ejército compuesto en su gran mayoría por rusos de extracción humilde y campesina. Los reclutas no comprendían la necesidad de emplear métodos tan drásticos contra gentes de su misma condición que perfectamente podrían ser sus padres, abuelos o hermanos, y muchos de ellos comenzaban a mostrarse reticentes a obedecer las órdenes de sus superiores. El antizarismo había tocado la fibra sensible de uno de los pilares sobre los que se sostenía Nicolás II. Una seria advertencia que el zar, como era de prever, no supo interpretar.

El 14 de junio ocurrió un hecho que simbolizaría más que nada la definitiva extensión y asimilación de las reivindicaciones populares dentro del ejército zarista. Se trata del famoso motín ocurrido a bordo del acorazado Potemkin¹¹ en aguas del mar Negro, inmortalizado en 1925 por Sergei Eisenstein en su película *El acorazado Potemkin*. El largometraje ha sido elevado al rango de hito, siendo reconocido como una

¹¹ La palabra *Potemkin* ha quedado para la historia irremisiblemente unida a la de la revolución bolchevique. Una curiosa voltereta de la historia habida cuenta de que el barco fue bautizado así en honor a Grigori Alexandrovich Potemkin, un importante aristócrata del siglo XVIII, amante de Catalina la Grande. Por esta razón, después de la victoria los bolcheviques renombraron al buque denominándolo con el más revolucionario y pomposo nombre de *Luchador por la libertad*. La película de Eisenstein colaboraría a inmortalizar al acorazado con su nombre original como mito de la URSS.

de las obras magnas de la historia del cine y uno de los más acabados ejemplos de propaganda política hecha arte. El motín en sí fue uno más de tantos que asolaron Rusia en el año 1905, y de hecho tuvo que ser sacado del olvido cuando Eisenstein decidió transformarlo en argumento para su película. A pesar de ello resulta verdaderamente significativo en cuanto que supuso la primera gran reacción de rebeldía de los militares contra el poder del zar. Como es bien sabido, el motín comenzó a raíz de una partida de carne agusanada que los marineros se negaron a comer. Los representantes de la marinería presentaron sus muy razonables quejas ante la oficialidad que, como respuesta, incoó un expediente disciplinario contra quienes se habían quejado. A fin de escarmentar a los demás, los cabecillas de la protesta fueron condenados a ser fusilados, lo que hastió definitivamente a una tropa que cargaba sobre sus espaldas siglos de desprecio y malas condiciones de vida por parte de sus aristocráticos oficiales. El grito de desesperación compartido por todo el pueblo ruso estalló de repente entre la soldadesca del Potemkin a causa de una carne agusanada que, por dignidad, los marineros se negaron a probar, pero podría haber estallado a raíz de cualquier otra cuestión. Ante el asombro de los oficiales, los marineros se amotinaron en defensa de sus compañeros, logrando controlar rápidamente la situación. La revuelta se saldó con la muerte del capitán, varios oficiales y uno de los amotinados.

Los marineros tomaron el mando del acorazado, y sin saber cómo, una improvisada enseña roja sustituyó a la monárquica. Era la primera vez que se izaba la bandera revolucionaria en un barco de la armada imperial, todo un símbolo cargado de significado. Mediante ella, los marineros del Potemkin reivindicaban su unión de intereses y objetivos con quienes, desde los cinturones obreros de las ciudades rusas, luchaban

enarbolando la misma bandera, completamente roja, que ya por entonces era admitida como la más viva representación de la lucha de los oprimidos por su dignidad. El barco tomó rumbo a Odesa, ciudad que se hallaba inmersa en una colosal huelga que ya duraba semanas. Los trabajadores de Odesa controlaban la zona del puerto, y el Potemkin pudo entrar sin problemas arrullado por los vítores de los huelguistas.

La tripulación del Potemkin se puso inmediatamente a disposición del comité de huelga, aportando su pericia y el armamento del acorazado en la lucha de los trabajadores. Como agradecimiento y reconocimiento póstumo, los huelguistas acudieron en masa al homenaje que los marineros tributaron a su compañero fallecido durante el motín, depositando flores y recuerdos junto a su cadáver y ayudando a la marinería con algo de comida. Aquella noche los reforzados contingentes militares del zar alcanzaron el puerto, disparando indiscriminadamente contra la muchedumbre concentrada en las escaleras, velando el cuerpo del soldado caído por la revolución. El lector puede ahora cerrar los ojos y recrear la famosa escena de la escalera de Eisenstein para imaginar lo que vino después. Los ciudadanos fueron víctima del fuego de los zaristas, que disparaban desde el punto más alto de las escaleras contra una indefensa población que se vio obligada a bajar atropelladamente para huir del fuego abierto. La escena de la escalera es también un fantástico símil de la caída de la Rusia de los zares. Cada ciudadano muerto era un escalón más abajo para la popularidad del zar, uno más arriba para la revolución que acabaría por derrocarlo y finalmente, ejecutarlo; uno arriba para el odio del pueblo hacia el monarca y sus malquistos poderes de represión.

A la mañana siguiente, la paz de los cementerios envolvía Odesa. Las tropas y fuerzas del orden habían dominado completamente la insurrección y la ciudad

de nuevo volvía a estar pacificada, pero un número desconocido de personas habían perdido la vida mientras Nicolás II se preocupaba de cuestiones tan importantes como consultar las previsiones meteorológicas, escoger las municiones adecuadas para su día de caza y elaborar la lista de invitados a una pequeña merienda campestre a celebrar la próxima semana. La frivolidad del zar llegaba a cotas tan inauditas que prefería ocupar sus pensamientos en este tipo de asuntos antes que cubrirlos con aquellas irritantes cuestiones políticas con las que le asaltaban de vez en cuando sus ministros. La extensión de los motines al otrora fiel ejército amenazaba directamente a los pilares del poder real, pero mientras tanto el zar se divertía.

El Potemkin logró zarpar del puerto de Odesa antes de caer en manos de las autoridades, poniendo rumbo a Constanza, Rumania, donde la marinería desembarcó y abandonó el barco. Las autoridades rumanas lo devolvieron al gobierno ruso, finalizando así la aventura del primer acorazado revolucionario de la historia.

El 19 de septiembre Moscú protagonizó las portadas de todos los periódicos de Rusia. Los empleados del sector de artes gráficas de la ciudad habían organizado una huelga en solicitud de las ocho horas laborales y determinadas mejoras en sus condiciones de vida. La huelga fue brutalmente reprimida por las fuerzas del orden que, en una huida hacia delante, se despacharon a gusto con los trabajadores, asesinando a un buen número de ellos. La indignación de los obreros de todo el país provocó una oleada de solidaridad en otros sectores de la industria y en otros puntos geográficos, extendiéndose la huelga de los impresores a todos los trabajadores de Moscú y en seguida a los impresores de San Petersburgo y de otras ciudades con fuerte presencia proletaria. Las protestas se estaban reproduciendo como la gripe y el zarismo

tenía que prepararse, una vez más, para achicar agujeros o apagar incendios en varios puntos a la vez. Los obreros lograron unirse superando regiones y sectores laborales, dando así origen a la primera huelga general que vivió Rusia y la que puso verdaderamente en jaque a toda la estructura zarista. El punto de no retorno se inició a partir de la entrada en la huelga del sector de los ferroviarios, con fecha 20 de octubre. La línea Moscú-Kazán fue la primera en quedar sin servicio, para extenderse con celeridad a todas las conexiones ferroviarias del inmenso territorio ruso. El 16 de abril todos los ferrocarriles estaban paralizados. Para entonces los obreros de todos los sectores de Rusia estaban ya en huelga, y junto con las barricadas y los disparos cruzados entre huelguistas y fuerzas del orden asomaban ya las reivindicaciones netamente políticas, generándose así una conciencia común de lucha contra la autocracia. Los huelguistas habían paralizado Rusia, provocando una sensación de guerra civil que fácilmente habría podido ser rentabilizada por los marxistas si hubieran sabido hacerse con las riendas de la huelga. Sin embargo, la izquierda revolucionaria rusa aún no tenía la suficiente fuerza ni la madurez política como para instrumentalizar el movimiento huelguístico en su favor. La revolución estaba huérfana de líderes.

Solidarizándose con los trabajadores y haciendo caso omiso a los temibles cosacos y fuerzas del orden, todo el país dejó de trabajar. No ya solamente obreros o campesinos, sino médicos, abogados, estudiantes, tenderos, maestros, e incluso las prostitutas y los actores y actrices del Teatro Imperial de San Petersburgo. Rusia quedó en una situación de parálisis total. En las ciudades, los tranvías dejaron de funcionar, se suspendieron el suministro de agua corriente y el de la luz, los telégrafos y teléfonos también fueron silenciados y las ciudades quedaron

desabastecidas. Un escenario fantasmal solamente roto por las manifestaciones endémicas que menudeaban en las ciudades y terminaban en batalla campal con resultado de heridos y fallecidos por la brutalidad policial y militar. Todos los partidos políticos, incluidos los más próximos al zarismo, se solidarizaron con los huelguistas, lo que animó al primer ministro, Sergei Witte, a hablar seriamente con el zar para ponerle las cosas claras: o se practicaban reformas con la máxima urgencia, o el sistema y con él el propio zar, estaban condenados a la extinción. Witte dio un baño de realidad al zar haciéndole ver lo crítico de la situación. Debía de hacer reformas, abrir un poco la mano al menos para tranquilizar a los sectores más conservadores, intentando así mantener un equilibrio de poderes a su favor y el restablecimiento de la paz social. A Nicolás II nunca le entró en la cabeza la conveniencia de las reformas, que se le antojaban una usurpación escandalosa de sus legítimos derechos como zar y una claudicación humillante. ¿Cómo se tomarían sus regios ancestros la ignominia de ver recortadas las divinas prerrogativas del zar de todas las Rusias? Sin embargo, el oscuro panorama que Witte le pintó hizo mella en él como para, a regañadientes, tomar la que, según sus propias palabras era una «terrible decisión». Así se gestó el edicto imperial que se conoce en la Historia como el *Manifiesto de Octubre*. Publicado de urgencia, el manifiesto tuvo la virtud de lograr la desconvocatoria de la huelga general. Fue firmado por el zar con fecha 17 de octubre, sancionaba derechos como el de las libertades individuales, o los de reunión y asociación, y preveía la configuración de una *Duma* o asamblea representativa elegida por sufragio. Asimismo, preveía la condonación de las deudas pendientes de los campesinos, lo que los convertía en dueños legales de las parcelas que trabajaban. Como corolario de

esta declaración de intenciones, también se decretaron una amplia amnistía y una ley de prensa relativamente permisiva.

El Manifiesto de Octubre fue muy bien recibido por los huelguistas y pronto el país volvió a la normalidad. Un respiro para el gobierno, que se había salvado por los pelos y una dura prueba para el incompetente Nicolás II, que aseguraba sentirse fatigado por tamaña claudicación. La principal reivindicación de los huelguistas, unánimemente asumida por todas las tendencias políticas, era la convocatoria de una asamblea representativa. La exigencia había sido aprobada y en breve iba a ponerse en práctica, aunque con las restricciones que luego veremos. La mayoría de los partidos políticos, a pesar de que inauguraban una etapa de legalidad y tolerancia hacia ellos y se felicitaban por el avance dado, no estaban satisfechos con unas libertades aún muy restringidas y concedidas *graciosamente* por quien ostentaba en monopolio la soberanía, el zar. Los kadetes rechazaron el manifiesto por insuficiente, y solicitaron la comisión de una asamblea que redactara una constitución. La cuestión, sin embargo, concitó desencuentros entre una mayoría de liberales partidarios de la medida y una minoría aún más conservadora que apoyaba las reformas del Manifiesto de Octubre, sin querer llegar más allá. Es por eso que fueron conocidos como los *octubristas* o el Partido Octubre, siendo un apoyo constante del zarismo a partir de entonces. A pesar de todo, los intentos de Witte de incluir en el gabinete ministerial tanto a octubristas como a kadetes no surtieron efecto, y el gobierno se tuvo que conformar con enfrentarse en solitario a una oposición que todavía se presentaba firmemente unida.

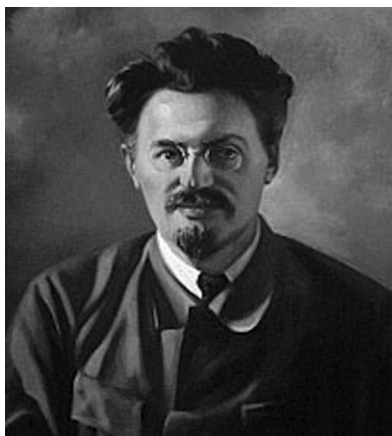
EL NUEVO PODER

Además de una apertura parcial del régimen, la huelga general de 1905 dejó tras de sí a un proletariado mucho más concienciado y organizado, capaz de mantener en uso los organismos de lucha proletaria aun después de la finalización del conflicto. Los revolucionarios más aventajados eran plenamente conscientes de que, sin la participación de los soviets o consejos obreros que se multiplicaron por toda Rusia durante la huelga general, los resultados habrían sido bien diferentes. Los soviets fueron la piedra angular de la coordinación que demostró el proletariado entre sus diferentes expresiones geográficas y sectoriales, actuando como un auténtico poder obrero. Tras la desconvocatoria de la huelga, la capacidad de influencia de los soviets era comparable, dentro de su ámbito, al del gobierno, constituyéndose como el germen de un poder paralelo.

Los consejos obreros rechazaron de plano el Manifiesto de octubre por considerarlo vacío. Sus reclamaciones llegaban mucho más lejos, y sus intenciones de derrocar el sistema eran más que notorias. De esta manera, los soviets, que habían surgido como simples comités de huelga, extendían su influencia y se mantenían vivos incluso después de la desconvocatoria de la misma, mostrando su vocación de permanencia como la voz oficial de los obreros frente al régimen. La institución de los soviets chocaba, pues, frontalmente con el zarismo y era consecuencia directa del sarampión aparentemente ya superado de tanta huelga en diferentes puntos del Imperio. Un «efecto secundario», llamémoslo así, que amenazaba con cronificarse dentro del cuerpo enfermo del zarismo.

A pesar de lo que muchos creen, el primer soviet no surgió en San Petersburgo, sino en Ivanovo-Voznesensk, una pequeña ciudad industrial de los alre-

León Trotski fue el líder indiscutible del soviet de Petrogrado y, en consecuencia, uno de los elementos revolucionarios más activos dentro de lo que ha venido a llamarse la *Revolución de 1905*.



dedores de Moscú. Este primer soviet aglutinó a representantes de todos los obreros locales y se erigió en portavoz y ejecutor de las luchas por mejorar el salario y la calidad de vida de los trabajadores, así como de la organización de huelgas y protestas varias, y constituirse en órgano de referencia en las relaciones laborales entre obreros y patronos. De comité de huelga pasaba a actuar como una especie de sindicato en el que todos los trabajadores tomaban parte. El ejemplo fue copiado y mejorado en San Petersburgo, el mayor centro de concentración industrial de toda Rusia y capital imperial. Como representante de la ciudad con el proletariado más efervescente de Rusia, el soviet de San Petersburgo fue, con mucho, el más activo de todos. Nació el 14 de octubre de 1905 y tan solo duró cincuenta días, antes de que las autoridades se encargaran de clausurarlo y encausar a sus líderes, entre los que se encontraba un joven intelectual judío de nombre Lev Davidovich Bronstein, pero que ya empezaba a ser conocido como Trotski, pseudónimo con el que firmaba sus artículos.

En muy poco tiempo, el soviet logró aglutinar prácticamente a todos los obreros de la urbe, cubriendo todas la empresas y ramas de la producción. Se había transformado, casi de la nada, en una de las organizaciones más poderosas de San Petersburgo, llegando a contar con quinientos cincuenta delegados, su propio órgano de expresión —el diario *Izvestia*—, una milicia de defensa y una eficaz organización de distribución alimentaria y de ayudas económicas para el proletariado. El soviet de San Petersburgo¹² pronto superó las meras reivindicaciones económicas que hasta entonces habían definido al de Ivanovo-Voznesensk, convirtiéndose en un ejemplo para los consejos obreros que, a partir del ejemplo capitalino, surgieron como setas después de una noche de lluvia por todo lo ancho y largo de la geografía rusa.

La estructura del soviet se conformaba como una especie de parlamento escogido por sufragio universal y directo por los trabajadores de todas las fábricas de la ciudad. En el de San Petersburgo cada mil obreros constituían un diputado. Se decidió también contar con un representante de cada uno de los partidos de la izquierda, con un fin meramente consultivo. Los primeros soviets eran declaradamente antipartidistas, pero aunque no querían que se les identificara con ninguna tendencia política prefigurada, fue la facción menchevique del Partido Social Demócrata Obrero Ruso quien dejó notar más su presencia —y su tutela—

¹² La denominación de la ciudad de San Petersburgo ha tenido una agitada historia a lo largo del siglo xx. Hasta 1914 se llamó tal y como ahora lo conocemos, pero a partir de entonces comenzaron los cambios. San Petersburgo pasó a ser conocida como Petrogrado, una denominación mucho más rusa para una ciudad excesivamente abierta a Europa. A partir de 1924, los bolcheviques cambiaron el nombre por Leningrado, en honor a Lenin, fallecido aquel mismo año. Tras la caída del comunismo, volvió a denominarse San Petersburgo.

en el día a día—. La doctrina menchevique encajaba muy bien con la idea de revolución espontánea que la creación de los soviets parecía prometer. Además, el soviet disponía de un organismo ejecutivo que funcionaba como una especie de gobierno a las órdenes de las decisiones de los diputados obreros, lo que lo convertía, de facto, en un gobierno paralelo. Un gobierno de obreros. Esta era la idea, el objetivo. Pasar de ser un simple comité de huelga a un auténtico gobierno obrero.

El 8 de noviembre el soviet de San Petersburgo convocó una huelga general en protesta por la condena a muerte de un grupo de soldados que habían protagonizado un motín en las instalaciones de una base naval cercana. El soviet aprovechó la huelga para poner al gobierno del zar en el punto de mira, enfascándose en una violenta campaña de descrédito destinada a influir políticamente en los trabajadores. La actitud del soviet fue excusa suficiente para que el gobierno tomara represalias arrestando a su presidente, Krustalev-Nosar. Era el 26 de noviembre. Esperaba así acallar la voz del enojoso consejo obrero, pero no lo logró. Como sustituto de Krustalev-Nosar, Trotski concibió y animó públicamente una iniciativa por la que se solicitaba a la ciudadanía que, en protesta por la detención, se negara a pagar impuestos y retirase todos sus fondos de los bancos. La iniciativa suponía un pulso abierto al gobierno. ¿A quién harían más caso los ciudadanos? ¿Qué organismo de poder tenía más crédito entre ellos?

El gabinete de gobierno del zar no estaba dispuesto a admitir que el soviet ocupara nuevas cotas de poder a costa suya. Después del Manifiesto de octubre se sentía de nuevo con fuerzas para imponer su autoridad sin miedo a la reacción popular, de manera que rápidamente los periódicos que habían publicado la iniciativa del soviet fueron cerrados preventiva-

mente y un decreto puso temporalmente fuera de la ley a cualquier tipo de manifestación. Las consecuencias fueron aún más terribles para el propio soviét, ya que su sede fue asaltada por la policía, siendo detenidos los cerca de doscientos obreros que se hallaban en su interior. De ellos, una cincuentena fue encausada y muchos de ellos condenados al destierro en Siberia.

Uno de los desterrados fue Trotski, *alma mater* del soviét desde el minuto uno de su constitución. Para Trotski el cautiverio no era una novedad. A pesar de sus veintiséis años, ya había conocido la prisión en Jerson y Odesa, donde tuvo la oportunidad de leer la Biblia en cuatro idiomas, lo que le reafirmó en su incurable ateísmo. Tampoco era nuevo en Siberia, a donde fue desterrado en 1900. Allí descubrió la revista *Iskra*, un opúsculo marxista editado en Londres a instancias del Partido Social Demócrata Obrero Ruso al que se suscribió. En 1902 escapó de Siberia para tomar contacto en el exilio con los responsables de la revista, a la que se unió colaborando con artículos bajo el pseudónimo *La Pluma*. Acudió a Londres, donde se alojó en casa de Lenin, con quien simpatizó en seguida. Tras la prohibición y liquidación del soviét de San Petersburgo volvió a pasar una temporada en Siberia, hasta que se fugó por segunda vez en 1907. A partir de entonces su implicación con el movimiento revolucionario fue total.

El procesamiento de Trotski y los demás miembros del soviét de San Petersburgo no pasó desapercibido en el seno de los demás comités obreros de Rusia. Aquel ataque contra el principal representante del poder obrero no podía quedarse sin respuesta. En consecuencia, los soviets de las distintas ciudades rusas convocaron una serie de protestas que se multiplicaron rápidamente por todo el país. La respuesta más importante fue la organizada por el soviét de Moscú, que llamó a la huelga general en protesta por

los sucesos de San Petersburgo y reivindicando una vez más las tradicionales solicitudes obreras, como la jornada de ocho horas o la mejora salarial. La huelga se señaló para el día 5 de diciembre y fue secundada por unos cien mil obreros. Como era de esperar, las tropas fieles al zar no se anduvieron con miramientos y arrasaron con todo, siendo esta vez contestados por obreros armados y bien organizados, que colocaron barricadas en los puntos estratégicos de la ciudad y se defendieron con pistolas, fusiles y bombas de mano.

Mientras Moscú se transformaba en teatro de guerra, los tumultos se expandieron a otras ciudades rusas y volvieron a reproducirse en el campo, ascendiendo a más de mil trescientos los brotes violentos campesinos tan solo durante los dos últimos meses del año 1905, con un saldo total de dos mil mansiones quemadas. Las sublevaciones urbanas de Minsk, Kiev o Jarkov también tuvieron que ser reprimidas por los militares. Después de emplearse a fondo, casi todos los focos de rebeldía habían sido extinguidos. Tan solo Moscú continuaba presentando batalla. Los combates duraron más de una semana, y hasta el final era difícil saber quien estaba venciendo, ya que los obreros llegaron a ocupar varios distritos de la ciudad. La adhesión de los ferroviarios a la huelga hizo que todas las estaciones del ferrocarril de la ciudad se convirtieran en zona de dominio obrero. El paisaje se transformó: tranvías volcados, postes telefónicos tirados por el suelo, calzadas sin adoquines e incluso boquetes producidos por las bombas de los militares, dibujaban un Moscú grotesco, asediado por su propio ejército. El corazón, el núcleo de la sublevación se centraba en Presnia, el distrito obrero más importante de Moscú, a donde se dirigieron los bombardeos de los soldados en una orgía de destrucción que horrorizó, una vez más, a la opinión pública mundial. Un ejército que bombardeaba a su propio pueblo no podía ser un buen ejército. Las

simpatías del mundo se dirigieron hacia los trabajadores, que tan valientemente estaban haciendo frente a las tropas del zar.

El día 15 de diciembre los zaristas recibieron refuerzos en forma de nuevas tropas que se unieron al asedio de Presnia y a la conquista del resto de la ciudad. Los huelguistas, que se habían organizado en una especie de república de obreros que contaba con sus propias fuerzas de orden y una ejecutiva revolucionaria originada en el soviét, aguantaban como podían. El 18 todo había terminado. El resultado fue la derrota completa de los sublevados y la destrucción parcial de Presnia. A los mil muertos de la batalla hay que sumar los damnificados por la violenta represión que se siguió a la misma. Muchos de los huelguistas que no fueron ejecutados o encarcelados durante los días posteriores fueron objeto de duras sanciones, como la pérdida del puesto de trabajo. Después de la tregua del Manifiesto de Octubre, el zarismo volvía a mostrar su peor cara: durante el primer semestre de 1906 más de 1 500 personas fueron fusiladas, y entre 1906 y 1909 fueron 38 000 los desterrados a Siberia o encarcelados con largas penas de prisión y trabajos forzados.

EL PARLAMENTO DE CARTÓN

La Duma echó a andar el 27 de abril de 1906, siendo inaugurada por el zar y toda su cohorte de enojados aristócratas ante unos diputados que no lograban adaptarse a la magnificencia del salón del trono del palacio de Invierno. Todo un contraste entre dos mundos que hasta entonces se habían dado la espalda y que no parecían haber nacido para encontrarse. La zarina acogió con un mohín de disgusto a aquellos diputados vestidos a la europea, con chaqueta, corbata y pocos lujos, significando con meridiana claridad que



La inauguración de la primera Duma enfrentó cara a cara al boato de la aristocrática corte de los Romanov con la sobriedad de los diputados, la mayoría de ellos de partidos izquierdistas. Algo comenzaba a moverse en Rusia.

el parlamento no iba a permitir la continuidad de ciertas costumbres regias. Y es que a pesar de todas las precauciones tomadas por los asesores del zar, el proceso electoral había creado una mayoría netamente antiautocrática. Quienes habían intentado tranquilizar a un horrorizado Nicolás II de que la Duma no iba a ser más que una vulgar caja de resonancia de sus decisiones, tuvieron que improvisar argumentos para hacer explicable que el magistral diseño electoral que aseguraba un parlamento ultraconservador hubiera dado como resultado una mayoría antigubernamental. Y es que, en verdad, las leyes creadas al efecto¹³ fueron diseñadas bajo patrones electorales deliberadamente descompensados para favorecer a los elementos conservadores, teniendo los obreros que lograr 90 000 votos para lograr un diputado y los terratenientes solo 200. En otras palabras, el voto de un terrateniente valía 450 veces más que el de un obrero. Para añadir más

¹³ Ley electoral de diciembre de 1905 y leyes de competencias parlamentarias de 23 de abril de 1906.

fuego a la hoguera, los obreros tenían derecho a voto como obreros, no como ciudadanos; esto es, quien no trabajara o lo hiciera en una fábrica de menos de cincuenta operarios no podía votar. Del mismo modo, los temporeros, artesanos y demás proletariado urbano y campesino quedaban al margen del proceso electoral. Por supuesto, el sufragio era masculino y en el campo solamente tenían derecho a voto los propietarios, así como en la ciudad los dueños de los diversos establecimientos, pero no sus trabajadores. El sistema electoral, pues, caía pesadamente del lado de los conservadores. No tenía nada que ver con las proporciones reales de la sociedad rusa, destinado como estaba a asegurar en cada reelección parlamentaria una mayoría amplia que defendiera los intereses del sistema. Pero la cosa no terminaba ahí, porque además del sistema electoral las propias características de la Duma la convertían en un estéril salón de debates cuyos parecidos con los parlamentos de la civilizada Europa eran mera coincidencia. Por de pronto, la autocracia seguía siendo eso, una autocracia, de manera que la soberanía residía únicamente en el zar. En consecuencia, la elección popular para las Dumas y la existencia de dicha institución podían interpretarse por la monarquía como una prueba de magnanimidad para con un pueblo que debía de estar más que agradecido. Por eso la Duma no tenía ningún poder de control sobre el gobierno, que seguía siendo nombrado a capricho del zar y tan solo respondía ante él, y que mantenía en exclusividad las competencias relacionadas con asuntos exteriores y defensa, totalmente vetados a la Duma. El parlamento no tenía un poder decisorio real sobre los asuntos políticos de mayor calado, aunque en la mayoría de ellos podía interpelar o aportar ideas o proyectos que el gobierno estudiaría. Todo ello si dichas aportaciones no entraban dentro del extenso catálogo de asuntos vetados, entre los que se incluía la decisión sobre las partidas más

importantes de los presupuestos del estado. En realidad, la Duma cubría funciones legislativas limitadas, desconociendo sobre los asuntos más importantes de la nación, aunque podía alterar y modificar un buen número de leyes menores. La legislación aprobada por la Duma debía de pasar por el filtro del Consejo Imperial, un organismo decididamente conservador formado por nobles, la mitad de los cuales eran directamente escogidos por el emperador y el resto indirectamente. Y por si las cosas se torcieran de alguna manera, el zar ostentaba la suprema prerrogativa de disolver el parlamento a placer, cuando lo considerara oportuno. De esta forma se construyeron un sistema electoral envenenado y una Duma castrada en la que la izquierda radical —eseristas y socialdemócratas— no tomó parte.

La defección de los partidos izquierdistas en la primera Duma fue un buen augurio para la monarquía. Todo presagiaba unas elecciones de cuyo resultado habría de salir, casi por fuerza, un parlamento conservador que no pondría dificultades a la labor del gobierno. Cuál sería su sorpresa y disgusto cuando los resultados electorales establecieron una Duma mayoritariamente reformista que clamaba por el final de la autocracia en pos de una monarquía constitucional similar a las de Europa occidental. De 497 escaños, solamente 40 eran progubernamentales, con un claro predominio kadete.

El dibujo de la Duma debía de haber hecho reflexionar seriamente al zar. Si un sistema electoral escandalosamente adulterado daba un resultado así, ¿cuál sería realmente el pulso del pueblo? Pero Nicolás II, lejos de pretender responder a esta pregunta, prefirió no hacérsela siquiera, atrincherándose en un victimismo estéril que le llevó a indignarse públicamente ante la desfachatez de los propietarios que se atrevían a votar contra el sistema. La mayoría kadete solicitaba,

mu y en sintonía con sus posiciones liberales, una cadena de reformas, empezando por la cesión de la potestad de que el gobierno respondiera ante la Duma y terminando por una reforma electoral en el que el voto fuera universal, secreto e individual. Nicolás II, que siempre aborreció el sistema parlamentario, consideró a estas reivindicaciones suficientemente inadmisibles como para plantearse hacer uso de la prerrogativa de disolver el parlamento. El zar tenía este propósito antes de su misma constitución, pero fue aconsejado para que esperase un tiempo. La disolución de un parlamento al día siguiente de su inauguración resultaba demasiado poco creíble incluso para los más conspicuos zaristas. Debía de esperar el momento adecuado, la excusa. Y la encontró cuando los liberales sacaron a la palestra la cuestión de la reforma agraria. La solicitud de expropiación forzosa de tierras para entregárselas a los campesinos pobres fue considerada inaceptable, y el zar, incapaz de ocultar su satisfacción, disolvió la Duma. Era 9 de julio de 1906. La primera experiencia parlamentaria rusa había durado algo más de dos meses.

Después de varios meses en vacío, se celebraron nuevas elecciones para la segunda Duma. Se inauguró el 20 de febrero de 1907 y mostró un parlamento aún más escorado hacia la izquierda que el anterior. La campaña gubernamental a favor de los candidatos conservadores y el desvío de fondos hacia sus partidos y órganos de opinión no dieron los frutos apetecidos, y el nuevo parlamento, que esta vez incluía a socialdemócratas y eseristas, parecía dispuesto a mostrarse combativo. Los kadetes perdieron su dominio anterior, dibujándose un parlamento netamente izquierdista donde trudoviques, eseristas, mencheviques y bolcheviques dejaban patente un aire más revolucionario y de confrontación para con el gobierno y el zar. Como es de suponer, el parlamento no fue del agrado de Nicolás

II, de manera que decidió que había que disolverlo. En una carta que escribió a su madre aseguraba que «hay que dejarles que hagan algo manifiestamente estúpido o vil, y entonces ¡paf, y fuera!». Las opiniones del zar reflejan un estado de opinión claramente desfasado con respecto a la época en la que vivía, aunque se *comprenden* en cierto modo, dada la elevada belicosidad de los discursos de la izquierda. Un diputado eserista, hablando de la propiedad agraria, con el desprecio dibujado en la cara, llegó a afirmar: «Nosotros sabemos muchísimo de vuestra propiedad; nosotros éramos vuestra propiedad. Mi tío fue cambiado por un galgo».

Una frase hiriente que no era ninguna exageración. Fue una práctica perfectamente legal en la Rusia rural del siglo XIX.

A principios de junio de 1907 el zar encontró la excusa que necesitaba para disolver la segunda Duma: según un informe del ministerio del interior, probablemente inventado o debidamente edulcorado, un grupo de diputados eseristas estaba preparando un complot político contra la monarquía. Ante la intención gubernamental de eliminar la inmunidad parlamentaria de dichos diputados para poder encausarlos, los parlamentarios organizaron un comité que investigara los hechos, dando como resultado la inocencia de sus compañeros. Como consecuencia, la Duma se opuso a levantarles la inmunidad, lo que fue interpretado por el zar como una insubordinación que condujo a la disolución del parlamento.

Mientras tanto, el gobierno continuaba actuando al margen del inexistente control parlamentario. Se proyectó una necesaria reforma agraria que fue calificada de mojigata e insuficiente, pero que mostró una cierta buena voluntad. En noviembre de 1905 una ley condonó las deudas de los campesinos sobre el pago de las tierras que poseían, cumpliéndose uno de los puntos el Manifiesto de Octubre con manifiesta celeri-

dad. Era el primer paso para lograr el objetivo de formar una clase de campesinos que fueran pequeños y medios propietarios. «La propiedad es la garantía del orden», se decía entre las mentes pensantes del gobierno. Así se satisfaría a los campesinos, disminuyendo las revueltas y el hambre, y logrando una amplia base demográfica en el campo que sostendría al régimen. El gobierno facilitó los créditos para que los campesinos pudieran acceder a la propiedad de más tierras, con la vista puesta en la autosuficiencia y lejos de la influencia de la comunidad campesina. La propiedad comunal se privatizaría totalmente, formándose en el campo una mayoritaria clase de propietarios que no serían proclives a ningún experimento revolucionario. En consonancia con esta idea, la institución del mir fue abolida y cada agricultor fue considerado, automáticamente, propietario de la tierra que hasta entonces trabajaba para la comunidad.

Las medidas de privatización de las tierras no dieron el resultado esperado, y en vez de forjar una clase de campesinos propietarios, enriqueció a los pocos de ellos que pudieron contar con el dinero y la producción suficientes para hacerse con más tierras y prosperar. La mayoría de las familias campesinas se vieron incapaces de lograr los créditos necesarios, empobreciéndose aún más porque ahora solamente contaban con una pequeña parcela de tierra insuficiente, sin la solidaridad del mir a la hora de redistribuir los bienes.

Las bondades del Manifiesto de Octubre no parecían plasmarse en un bienestar palpable para los ciudadanos. Ni la reforma agraria ni la experiencia de las Dumas habían dado un saldo satisfactorio, y los tumultos menudearon de nuevo a partir de 1907. En junio de aquel año se aprobó una nueva ley electoral. Las dos experiencias anteriores habían aconsejado a la camarilla del zar un reforzamiento de la ley electoral para que no

volviera a dibujarse de nuevo un parlamento tan antibernamental, de manera que se disminuyó clamorosamente el peso del voto agrario y obrero, aumentando mucho más el de los terratenientes y propietarios ricos. Los obreros pasaban de tener que obtener 90 000 votos para colocar a un diputado en la cámara a tener que sacar 125 000, lo que definitivamente desvirtuaba a un sistema electoral que nunca tuvo la voluntad de reflejar la realidad política de la nación.

La tercera Duma se inauguró el 1 de noviembre de 1907 con una clara mayoría conservadora. Por fin habían conseguido una cámara decorativa, un coro de voces que arrullaban al zar en todo lo que decidía. Ahora se sentía algo más contento, aunque nunca ocultó que el hecho de tener que tolerar la existencia de una cámara de representantes, por muy ornamental que fuera, le molestaba profundamente. A partir de esta fecha y hasta la revolución de 1917, la Duma salvaguardó su carácter conservador y se mantuvo estable. Mientras tanto, entre los opositores al régimen se extendía la impresión de que tan solo les quedaba la lucha extraparlamentaria, y por supuesto que la opción de la reforma del régimen podía abandonarse frente a la solución drástica de su derrocamiento. La miopía o estupidez del zar lo había provocado. Aquellos años de calma institucional, con una Duma que cumplió los cinco años de su mandato y que se renovó nuevamente en 1912 con una clara mayoría conservadora bajo las mismas leyes electorales, escondían la semilla de la insatisfacción que presagiaba tormentas.

Entre 1907 y 1912 retornó progresivamente la era de las huelgas y los conflictos obreros, hasta hacerse de nuevo trágica a partir de 1912. La introducción de leyes supuestamente aperturistas, como la de la legalización de los sindicatos, lejos de aplacarlos atizaron aún más a los trabajadores. Se trataba de normativas repletas de enmiendas como esta de los sindicatos, que los legali-

zaba y permitía su actividad pública, pero bajo un férreo control gubernamental que desnaturalizaba su labor. Pastiches a la ley del tipo de la prohibición estricta de unirse con otro sindicato para una misma reivindicación dejan bien a las claras el espíritu de las reformas del zar. La supuesta buena intención del régimen ya no engañaba a nadie y de nuevo el fuego volvió a prenderse a partir de la matanza de mineros que se dio en Lena, Siberia, en el año 1912. Una huelga pacífica en reclamación de una subida de sus miserables salarios y una reducción de una jornada de trabajo fue estridentemente reventada por las fuerzas del orden, dando como resultado cerca de doscientos trabajadores muertos y centenares de heridos. De nuevo arreciaron las olas de solidaridad por toda Rusia, extendiéndose como la pólvora y amenazando al gobierno con un nuevo 1905. La oleada de huelgas provocada por la masacre de Lena cubrió todo el año y gran parte del siguiente.

En vísperas de la entrada de Rusia en la Primera Guerra Mundial, se inició en San Petersburgo una huelga en solidaridad con los obreros de Bakú que protestaban a causa de una epidemia que se había declarado en sus barracones. En principio, la huelga se había convocado con una duración de una hora, como muestra de solidaridad con Bakú, y nada más. Pero el asesinato de dos huelguistas a manos de la policía inflamó los ánimos, declarándose en la capital una huelga general de tres días. De nuevo volvieron las barricadas y el ambiente de guerra civil a San Petersburgo y a las calles de las principales ciudades obreras de Rusia. En condiciones tan precarias como esa, Rusia declaró la guerra a las potencias centrales el primero de agosto de 1914, en alianza con Francia y el Reino Unido. El zar se sumaba a una conflagración mundial de dimensiones tan espectaculares como nunca se habían visto en la historia, sin darse cuenta de que con un país amotinado, semejante decisión era un suicidio. De nuevo las levass pesaron

gravemente sobre la población civil, lo que repercutió en el clima general de insatisfacción y desmoronó la producción agrícola. A ello se unía una soldadesca analfabeta con mandos incompetentes y armas desfasadas, un ejército inoperante que era derrotado una y otra vez en los campos de batalla, lo que afectaba de nuevo en el ánimo de la población. La guerra fue, además, una carnicería criminal en la que perdieron la vida más de un millón de rusos, enviados al frente sin orden ni concierto y muchas veces desarmados. Solo la tercera parte de los movilizados disponía de fusil, los demás tenían que lanzarse ante el enemigo con las manos desnudas y la consigna de hacerse con el fusil del compañero si era muerto en la batalla.

En 1915 las rebeliones volvieron a hacerse notar en Rusia y aquello ya no parecía tener fin. El gobierno había caído en un tremendo desprestigio incluso para quienes lo defendían, al hacer el zar dejación de sus obligaciones abandonando la responsabilidad gubernamental en su esposa, muy influenciada por un oscuro monje conocido como Rasputín. Mientras Nicolás II se dedicaba exclusivamente a dirigir la guerra, la zarina realizó veintidós cambios de ministros en cuatro meses por recomendación del monje, a quien tenía por santo. La vida disoluta de Rasputín y su dominio casi completo de la voluntad de la zarina terminaron de poner contra el zar a la propia aristocracia. Rasputín fue asesinado en misteriosas circunstancias en diciembre de 1916, casi con toda seguridad a manos de agentes de la más alta nobleza. El mal gobierno dio que pensar en los sectores más pudientes del Imperio, entre los que se larvaron varios complots nonatos para cambiar de cabeza la corona. El final del zar parecía ya sentenciado.

